

Tenía mucho de sátiro, juguetón y rechonchito

Elena Poniatowska

Ahora que asistí al Cuarenta y cinco Congreso Internacional del Pen Club en Lyon, se me vinieron encima libros de los 400 delegados de 55 países y me di cuenta que nunca había leído un libro lituano, nunca el de un autor filipino, nunca tampoco ya no digamos el de un turco sino de un ciudadano de Guinea, que apenas conocía la literatura japonesa, mi ignorancia de la China era tan vasta como su tremenda extensión, que no sabía absolutamente nada del Camerún, nada de Siria y que el único libro yugoslavo que conozco es el de Danilo Kís. Cuando me encontraba en lo más bajo, rampando en el colmo del desencanto se me apareció la risueña figura de Alfonso Reyes, sus mejillas rubicundas y la placentera bondad que siempre emana de los gordos y me puse a recordar con verdadera gratitud su insistencia en que los griegos, los alemanes, los orientales, los franceses, los ingleses formaban parte de nuestra herencia. Reyes hizo que un gran viento de libertad pasara por nuestra literatura y si Octavio Paz es lo que es, si Fuentes es lo que es, si Monsiváis, José Joaquín Blanco, Zaid y Aguilar Camín son contemporáneos del mundo es porque Reyes abrió la puerta, nos habló de Ifigenia, y nos enseñó que para “ser provechosamente nacionales hay que ser generosamente universales”.

Todavía somos ferozmente individualistas, competitivos, rencorosos y desconfiados pero don Alfonso nos llenó el cuarto de palomas de papel, las echó al aire y nos pidió (era demasiado caballeroso para ordenar) que las miráramos volar, salir por la ventana. Y no hay aire que no le siente a uno. ¿No se saca a los desmayados a que les dé el aire? ¿No se advierte, junto a un herido en torno a quien se aglomeran los curiosos “muévanse, porque le están quitando el aire”? Don Alfonso nos dio el aire y lo dio a sabiendas. Y lo dio a veces en contra de una hilera de puertas cerradas, de ventanas obstruidas, de gente que creía que México sólo podía ser un río de lava que gruñe sordo, un subterráneo e interminable monólogo, que México tenía que decir sus duras palabras de tierra y sangre, de barro y de paja una y otra vez, oyéndose a sí mismo, adentrándose hasta encontrar el sitio exacto del ombligo de la luna. Siempre les he agradecido a Diego Rivera, a Orozco y a Siqueiros que blandieran en nuestra cara a manos cuajadas de pinceles rojos, y los inexorables trazos de su rebeldía en los muros, sus ocres y el añil de sus azules tomado de las pulquerías pueblerinas, su caña y sus maizales tupidos hasta cubrir la superficie del país, pero nunca podré dejar de agradecerle a Alfonso Reyes la gran fuerza que para nosotros significa saber que no sólo la tierra es nuestra, sí, la tierra de Morelos, la de Guerrero, sino también la tierra entera, ésta que habitan hombres que hablan otro idiomas y tienen otras costumbres, con quienes podemos comunicarnos y a quienes podemos amar, esta tierra a la que el astronauta (al verla pequeña y redonda), le dio el color azul.

A los veinte años, mis héroes eran Juan Pérez Jolote, Jacinto Canek y el Pípila. Siguen siéndolo, pero antes lo fueron un poco en contra de Eneas, de Virgilio, de Turnus y el rey latino. (Reyes comparó Cuauhtémoc a Turnus.) Prefería yo la *Visión de los vencidos* a cualquier otra y mi español era el de los humildes, los que dicen

“naiden” y “vide” porque ése era el que me habían enseñado las criadas. Nunca recordé que sabía francés o inglés y todo eran palabras y giros populares, dichos y proverbios de mexicana que fruta vendía. Amaba a los Crisóforos, a los Inocencios, los Perfectos, Plácidos y Lambertos. Ante todo quería yo echar raíces y no seguir viajando en los trenes de mis abuelas afrancesadas, exiliadas hasta de sí mismas. Por eso me tiré de cabeza a una gigantesca olla de mole negro de Oaxaca, comí el ajonjolí a puñados y me enchilé para siempre. Cuando lo entrevisté, Alfonso Reyes me habló de Jules Supervielle (uno de sus poetas favoritos), de Goethe, que mi abuela reverenciaba, y de Jules Romains que a mí no me gustaba ni tanto porque ¡qué pesados son *Les Hommes de Bonne Volonté*. Me obligó a recitarle un pedacito de *Los miserables*, otro de *El Anuncio hecho a María* de Claudel, muy en boga entonces entre los jóvenes de la Parroquia Francesa, y acabé cantándole, por quién sabe qué oscura razón, aquella balada de una joven medio tonta que baja a su jardín a recoger romero. En realidad, aquella no fue una entrevista sino un regreso a los orígenes y aunque he seguido diciendo “vide” y “naiden”, el rostro risueño de don Alfonso, su barbita puntiaguda de pelo blanco, sus ojos brillantes de malicia que tenían mucho de sátiro juguetón y rechonchito, se me aparece desde el fondo de las edades para decirme que Espartaco nada le pide a Cuauhtémoc y que si amo a la Llorona bien puedo escuchar a Medea.

LA BIBLIOTECA ALFONSINA

¡Me perdonas que no baje, pero aquí estoy como un loro subido en su estaca!
No, no es una estaca, es un palomar. En ese palomar siempre lleno de papeles voladores, de palomas griegas, latinas, renacentistas y del Siglo de Oro español, que el humanista trata de retener en pequeños archiveros de madera, don Alfonso trabaja, recibe y hasta duerme. Duerme, sí, porque como él dice: “No quiero molestar a nadie”... “Hoy a las cinco de la mañana comencé a pasar esto en limpio...Duelmo aquí y en la noche cuando tengo que escribir, puedo levantarme sin perturbar el sueño de los demás. Porque has de saber que sólo necesito dormir unas cuantas horas. El trabajo me absorbe las demás. Cuando al final, llego a dormirme, lo hago siempre con un libro entre las manos.”

Cuando se mira desde abajo la biblioteca Alfonsina, con sus altos muros de lomos de cuero, le da a uno lo que los norteamericanos, tan afectos a las definiciones de todo y por todo, podrían llamar *booksickness* o sea, mareo libresco. Son verdaderas olas de volúmenes que amenazan con revolcarnos y llenarnos la boca de letras. Pero don Alfonso, experto en estas lides, es un *ponchado* y redondo salvavidas. ¡Tanto sea dicho sobre este cuarto! La revista *Life* lo retrató en sus páginas. Y todos los visitantes, sin excepción, le dedican una o varias frases. Por ejemplo, Jules Romains está convencido de que la casa de Alfonso Reyes es precisamente esta enorme biblioteca “de la que cuelgan tímidamente pequeñas recámaras” y Mariano Picón Salas, pretende que la arquitectura de esa misma biblioteca es comparable a “una piscina de varios y riesgosos trampolines, porque Alfonso Reyes es un continuo

Odisseo”. No sin malevolencia, comencé por preguntarle a don Alfonso si había leído las treinta mil olas que configuran no su volumen sino sus volúmenes, pero la mía no era ni pregunta, me desinflé a medio pronunciarla y la canjeé por otra igualmente ociosa acerca de cuál era su género, el ensayo, la novela, la poesía o la crónica y me respondió con una enorme bonhomía: “Escribo, no hago más que escribir, eso es todo”.

—Pero escribe ¿qué?

—Todo

—Pero ¿cómo? ¿Todo?

—Sí, la vida, la de todos los días, lo que voy viviendo. Ya lo he dicho y lo repito a menudo, escribir es para mí una respiración natural de mi alma.

La vida de don Alfonso está en sus archiveros. No hay una carta que no esté registrada, una persona que le haya interesado que no tenga su ficha correspondiente; sabe de los libros importantes que se han publicado en todo el mundo; cuántas revistas se han editado en los últimos veinte años. Le pregunto por algún escritor, uno de sus muchos amigos (Borges, por ejemplo, está en la cabecera de su cama, es una fotografía triste) y él se pone de pie: “¡Espérame un momento, voy a informarte con toda exactitud, chiquitita!”... Explora en varios de sus numerosos cajoncitos y saca dos o tres tarjetas, “Mira aquí está la última carta que me envió. Me dice que está compilando una Antología de la Literatura Catalana y que proyecta un viaje a la Isla de Guam, isla que pertenece a Estados Unidos, en Oceanía.”

A tal punto impresionan los sistemas archivológicos de don Alfonso, que su fiel criada, según averiguó un día Manuelita, guardaba en su cuarto uno de esos cajones de jabón, y lo tenía lleno de papeles. En la parte de afuera del cajón había escrito un letrero: “Papeles rotos del escritor Alfonso Reyes”. Resulta que, al hacer limpieza, junto al escritorio, la criada recogía con devoción las cuartillas desechadas que encontraba en el cesto, y ella las desarrugaba con todo cuidado y después las ordenaba. (Francamente yo a esta criada le daría por lo menos el Premio Alfonso Reyes— en vez de Carlos Fuentes— pero resulta que nadie se ha preocupado por localizarla.)

IFIGENIA CRUEL

Han pasado más de veinte años, y el Alfonso Reyes que más se me ha quedado en la memoria es el de la crónica rápida, el juicio agudo, el mensaje ingenioso, escrito casi sobre las rodillas, a vuelo de pluma, a vuelo de pájaro, las cartas inteligentes y sabias que intercambié con Julio Torri, con Henríquez Ureña, Gabriela Mistral, Marcel Bataillon, Supervielle y tantos, tantos más. Y entre sus obras, ninguna se ha anclado tanto como su *Visión de Anáhuac*, o *La experiencia literaria* y su *Ifigenia cruel*. Si *Ifigenia cruel* le salió redonda a don Alfonso es porque era su Grecia, no la Grecia que él se dedicó a comentar en tantos y tantos volúmenes. (Ahora, recurro a Rubén Bonifaz Nuño, no a don Alfonso, los tomates ésos me pesan y se me pierde la hoja, y

al rato siento que son demasiadas las palabras, muchas las explicaciones). En cambio es bien difícil no admirar a su Ifigenia, a ese “vaso precioso de mujer arisca”, a esa “hija salvaje de las palabras, ¿quién te hizo sabia en destazar la víctima?” que don Alfonso persigue, moderno, inteligente, exacto, tanto en su Coro de las mujeres de Táuride, como en Orestes el náufrago, en la gente marinera y en los pastos adornos con cuernecillos, en Toas, el rey de los Tauros y en el Pastor, mensajero de noticias. Don Alfonso logra algunos pasajes notables:

Íbamos a envolverte compasivas,
a tí, montón de cólera desnuda,
cuando nos traspasaste con los ojos,
hecha ya nuestra arma.

El coro interpela a Ifigenia, el coro le dice: “te amamos como a fiera joven”, pero Ifigenia huye de sí misma y de su historia “como yegua que intenta salirse de su sombra”.

Más tienes de caricia que de pena
Eres alivio y te llamé cadena
Eras la muerte y te llamé la vida.

En su comentario a Ifigenia cruel, Reyes dice algo revelador: Tenemos derecho —una vez que por cualquier camino alcanzamos la posesión de un módulo— para manejarlo a nuestra guisa. ¿Y qué otra cosa han hecho los trágicos de todos los tiempos sino volver a contar a su modo una historia conocida en general? Lamento tener que referir una triste anécdota. Cierta amigo, no ayuno de letras, me dijo cuando leyó Ifigenia: ‘Muy bien, pero es lástima que el tema sea ajeno. “En primer lugar —le contesté—, lo mismo pudo usted decir de Esquilo, a Sófocles, a Eurípides, a Goethe, a Racine, etcétera. Además, el tema, con mi interpretación, ya es mío, y en fin, llámele, a Ifigenia, Juana González, y ya estará satisfecho su engañoso anhelo de originalidad”.’

Orestes ordena que detengan a su hermana Ifigenia:

Sujetadla y que beba la razón
hasta lo más reacio de sus huesos.
Hínchate de recuerdos,
óyelo todo: en Aulide fuiste sacrificada;
Pero Artemisa te robó a su templo
a la hora en que Calcas descargaba el cuchillo,
y cayó en tu lugar, forjada de tu miedo,
cierva temblona que mugió con muerte...

Más tarde, el coro dice esto, que me parece hermoso:

Entran los ojos en los ojos. Andan
tentándose las manos con las manos.
Y en la arena, la huella de la hermana
acomoda la huella del hermano.

Pero nada es tan acertado como este grito de la misma Ifigenia que no resisto en volver a citar:

¡Suelta, suelta que mi dolor no importa!
No me abandones, Diosa,
y permite que huya de mí propia
como yegua que intenta salirse de su sombra.

Mi padre montado en su caballo blanco

Es difícil no pensar en don Alfonso como el hijo del general Bernardo Reyes, y sobre todo, como en el hijo del padre asesinado. Don Alfonso tenía entonces veinticuatro años y a raíz de esa muerte salió a la Legación de México en París, con Manuelita y su hijo. Pero se le quedó para siempre grabada la imagen de su padre que al bajar de su caballo blanco frente a la Ciudadela se acercó con los brazos abiertos; quería conferenciar con el Presidente. El General Villar le gritó que no avanzara, no dio él la orden de fuego pero un oficial sin comisión lo inició con su ametralladora y el padre cayó herido de muerte. “Cuando Villar vio esto, rompió una ventana con su codo y se talló las manos hasta que estuvieran cubiertas de sangre. Nunca más volvió a tomar parte en la vida pública”.

Quizá sea esta una de las razones por las cuales Reyes se refugió en Grecia; era la única forma de evadir la sangrienta, la imprevista, la terrible política mexicana.

Alfonso Reyes: Homenaje Nacional, México: INBA, 1981, pp. 57-60.